



D. H. Lawrence

El oficial
Prusiano



E LEJANDRIA



D. H. Lawrence

El oficial
Prusiano



LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL OFICIAL PRUSIANO

D. H. LAWRENCE

PUBLICADO: 1914
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
EDICIÓN: DUCKWORTH AND Co, 3 HENRIETTA STREET,
COVENT GARDEN, LONDON, 1914
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EL OFICIAL PRUSIANO

D. H. LAWRENCE

I

Habían marchado más de treinta kilómetros desde el amanecer, por el camino blanco y ardiente donde algún que otro grupo de árboles ofrecía un instante de sombra, para luego salir de nuevo al resplandor. A ambos lados, el valle, ancho y poco profundo, relucía de calor; manchas de centeno verde oscuro, maíz tierno y pálido, barbechos, praderas y pinares negros se extendían en un diagrama apagado y caluroso bajo un cielo deslumbrante. Pero justo enfrente se alzaban las montañas, azul pálido y muy quietas, con la nieve brillando suavemente desde la profundidad de la atmósfera. Y hacia las montañas, sin cesar, el regimiento marchaba entre los campos de centeno y las praderas, entre los frutales raquíuticos plantados a intervalos regulares a cada lado del camino real. El centeno bruñido, de un verde oscuro, desprendía un calor sofocante; las montañas se acercaban poco a poco, cada vez más nítidas. Mientras tanto, los

pies de los soldados ardían más y más, el sudor les corría por el pelo bajo los cascos, y las mochilas ya no podían arder más en contacto con sus hombros, sino que parecían desprender una sensación fría y punzante.

Él caminaba sin parar, en silencio, mirando fijamente las montañas que se alzaban escarpadas de la tierra, pliegue tras pliegue, mitad tierra, mitad cielo, el cielo, la bandera con franjas de nieve suave en las cimas azul pálido.

Ya casi podía caminar sin dolor. Al principio se había propuesto no cojear. Le había dado náuseas dar los primeros pasos, y durante el primer kilómetro y medio había contenido la respiración, y gotas frías de sudor le habían perlado la frente. Pero se le había pasado andando. Al fin y al cabo, ¿qué eran sino moratones? Los había visto al levantarse: moratones profundos en la parte posterior de los muslos. Y desde que había dado el primer paso por la mañana, había sido consciente de ellos, hasta que ahora sentía un punto apretado y ardiente en el pecho, de tanto reprimir el dolor y contenerse. Parecía no haber aire cuando respiraba. Pero caminaba casi con ligereza.

La mano del capitán había temblado al coger el café del amanecer: su ordenanza lo vio otra vez. Y vio la elegante figura del capitán girando a caballo junto a la granja de más adelante, una figura apuesta con el uniforme azul pálido y vivos de escarlata, y el metal reluciendo en el casco negro y la vaina del sable, y oscuros regueros de sudor en el sedoso caballo bayo. El ordenanza sentía que estaba unido a aquella figura que se movía tan repentinamente a caballo: la seguía como una sombra, mudo e inevitable y condenado por ella. Y el oficial era siempre consciente del paso de la compañía detrás, de la marcha de su ordenanza entre los hombres.

El capitán era un hombre alto de unos cuarenta años, con canas en las sienes. Tenía una figura apuesta y de constitución firme, y era uno de los mejores jinetes del Oeste. Su ordenanza, que tenía que cepillarle, admiraba los asombrosos músculos de montar de sus lomos.

Por lo demás, el ordenanza apenas reparaba en el oficial más de lo que reparaba en sí mismo. Rara vez veía el rostro de su señor: no lo miraba. El capitán tenía el pelo castaño rojizo, tieso, que llevaba corto sobre el cráneo. El bigote también lo llevaba corto y erizado sobre una boca llena y brutal. Su rostro era más bien anguloso, las mejillas delgadas. Quizá el hombre resultaba más apuesto por las profundas arrugas de su cara, la tensión irritable de su ceño, que le daban el aspecto de un hombre que lucha con la vida. Sus cejas claras se erizaban pobladas sobre unos ojos azul claro que siempre destellaban con un fuego frío.

Era un aristócrata prusiano, altivo y autoritario. Pero su madre había sido una condesa polaca. Al haber acumulado demasiadas deudas de juego de joven, había arruinado sus perspectivas en el Ejército y se había quedado de capitán de infantería. Nunca se había casado: su posición no se lo permitía, y ninguna mujer le había movido a ello. Pasaba el tiempo montando a caballo —de vez en cuando corría con uno de sus propios caballos en las carreras— y en el club de oficiales. De cuando en cuando tomaba una amante. Pero después de tales episodios, volvía al servicio con el ceño aún más tenso, los ojos aún más hostiles e irritables. Con los hombres, sin embargo, era simplemente impersonal, aunque un demonio cuando se enfurecía; de modo que, en conjunto, le temían, pero no sentían gran aversión hacia él. Lo aceptaban como algo inevitable.

Con su ordenanza fue al principio frío, justo e indiferente: no se preocupaba por nimiedades. De modo que su sirviente no sabía prácticamente nada de él, salvo qué órdenes daría y cómo quería que se cumplieran. Eso era bastante sencillo. Después fue cuando el cambio llegó gradualmente.

El ordenanza era un joven de unos veintidós años, de estatura media y buena constitución. Tenía las extremidades fuertes y pesadas, era moreno, con un bigote suave, negro y joven. Había algo enteramente cálido y juvenil en él. Tenía las cejas marcadas con firmeza sobre unos ojos oscuros e inexpresivos que parecían no

haber pensado nunca, sino haber recibido la vida directamente a través de los sentidos y haber actuado por puro instinto.

Gradualmente el oficial se había hecho consciente de la presencia joven, vigorosa e inconsciente de su sirviente a su alrededor. No podía librarse de la percepción de la persona del joven cuando éste le atendía. Era como una llama cálida sobre el cuerpo tenso y rígido del hombre mayor, que se había vuelto casi inerte, petrificado. Había algo tan libre y autosuficiente en él, algo en los movimientos del joven, que hacía al oficial consciente de su presencia. Y esto irritaba al prusiano. No quería dejarse avivar por su sirviente. Podría haber cambiado de hombre fácilmente, pero no lo hizo. Ahora muy rara vez miraba directamente a su ordenanza, sino que mantenía la cara apartada, como para evitar verlo. Y sin embargo, mientras el joven soldado se movía sin pensar por el apartamento, el mayor lo observaba, y reparaba en el movimiento de sus jóvenes hombros fuertes bajo la tela azul, en la curva de su cuello. Y le irritaba. Ver la mano morena, joven y bien formada de campesino del soldado agarrar el pan o la botella de vino enviaba un destello de odio o de ira por la sangre del hombre mayor. No era que el joven fuese torpe: era más bien la seguridad ciega e instintiva de movimiento de un animal joven sin trabas lo que irritaba al oficial hasta tal punto.

Una vez, cuando una botella de vino se había volcado y el rojo se derramó sobre el mantel, el oficial se había levantado de un salto con un juramento, y sus ojos, azules como fuego, habían sostenido los del joven confuso durante un instante. Fue una conmoción para el joven soldado. Sintió algo hundirse más y más profundo en su alma, donde nada había llegado antes. Le dejó bastante en blanco y aturdido. Algo de su natural completitud en sí mismo se había ido; un poco de desasosiego ocupó su lugar. Y desde entonces un sentimiento no descubierto se había mantenido entre los dos hombres.

A partir de ese momento, el ordenanza tenía miedo de encontrarse realmente con su señor. Su subconsciente recordaba aquellos ojos azul acerado y las cejas duras, y no tenía intención de

encontrarlos de nuevo. Así que siempre miraba más allá de su señor y lo evitaba. También, con cierta ansiedad, esperaba a que pasaran los tres meses en que su tiempo expiraría. Empezó a sentir una constricción en presencia del capitán, y el soldado, aún más que el oficial, quería que le dejaran en paz, en su neutralidad de sirviente.

Había servido al capitán durante más de un año y conocía su deber. Lo cumplía con facilidad, como si fuera algo natural para él. Al oficial y sus órdenes los daba por sentados, como daba por sentados el sol y la lluvia, y servía como quien cumple un trámite. No le implicaba personalmente.

Pero ahora, si iba a verse forzado a una relación personal con su señor, sería como un animal salvaje atrapado; sentía que debía escapar.

Pero la influencia del ser del joven soldado había penetrado a través de la rígida disciplina del oficial y había perturbado al hombre que había en él. Éste, sin embargo, era un caballero, con manos largas y finas y movimientos cultivados, y no iba a permitir una cosa como el despertar de su yo innato. Era un hombre de temperamento apasionado que siempre se había mantenido reprimido. De vez en cuando había habido un duelo, un estallido ante los soldados. Sabía que estaba siempre a punto de estallar. Pero se mantenía firme en la idea del Servicio. Mientras que el joven soldado parecía vivir su naturaleza cálida y plena, desprendería en sus mismos movimientos, que tenían cierto brío, como el de los animales salvajes en libertad. Y esto irritaba al oficial cada vez más.

A pesar de sí mismo, el capitán no podía recuperar su neutralidad de sentimientos hacia su ordenanza. Ni podía dejar al hombre en paz. A pesar de sí mismo, lo observaba, le daba órdenes secas, intentaba ocupar todo su tiempo posible. A veces montaba en cólera contra el joven soldado y lo acosaba. Entonces el ordenanza se aislaba, como si se apartara del alcance del oído, y esperaba, con rostro hosco y encendido, a que terminara el ruido. Las palabras nunca llegaban a su inteligencia; se hacía, protectoramente, impermeable a los sentimientos de su señor.

Tenía una cicatriz en el pulgar izquierdo, una marca profunda que cruzaba el nudillo. El oficial la había sufrido durante largo tiempo y quería hacerle algo. Aun así, allí estaba, fea y brutal en la mano joven y morena. Al fin la reserva del capitán cedió. Un día, mientras el ordenanza alisaba el mantel, el oficial le clavó el pulgar con un lápiz, preguntando:

—¿Cómo te hiciste eso?

El joven se encogió y se cuadró.

—Un hacha de leña, Herr Hauptmann —respondió.

El oficial esperó una explicación más amplia. No llegó ninguna. El ordenanza se fue a sus tareas. El hombre mayor estaba sordamente enojado. Su sirviente lo evitaba. Y al día siguiente tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para evitar mirar el pulgar cicatrizado. Quería agarrarlo y... Una llama ardiente le recorrió la sangre.

Sabía que su sirviente pronto quedaría libre y se alegraría. Hasta entonces, el soldado se había mantenido a distancia del hombre mayor. El capitán se volvía furiosamente irritable. No podía estar tranquilo cuando el soldado estaba fuera, y cuando estaba presente lo miraba con ojos atormentados. Odiaba aquellas cejas finas y negras sobre los ojos oscuros e inexpresivos, se enfurecía por el libre movimiento de las extremidades apuestas que ninguna disciplina militar podía endurecer. Y se volvió duro y cruelmente acosador, usando el desprecio y la sátira. El joven soldado solo se volvía más mudo e inexpresivo.

—¿De qué establo saliste, que no puedes mantener los ojos firmes? Mírame a los ojos cuando te hablo.

Y el soldado volvió sus ojos oscuros hacia el rostro del otro, pero no había visión en ellos: miraba con el más leve estrabismo posible, reteniendo la mirada, percibiendo el azul de los ojos de su señor, pero sin recibir mirada alguna de ellos. Y el hombre mayor palideció, y sus cejas rojizas se crisparon. Dio su orden, secamente.

Una vez le arrojó un pesado guante militar a la cara del joven soldado. Entonces tuvo la satisfacción de ver los ojos negros encenderse hacia los suyos, como una llamarada cuando se echa paja al fuego. Y se había reído con un ligero temblor y una mueca burlona.

Pero solo quedaban dos meses. El joven instintivamente intentaba mantenerse intacto: intentaba servir al oficial como si éste fuera una autoridad abstracta y no un hombre. Todo su instinto era evitar el contacto personal, incluso el odio definido. Pero a pesar de sí mismo, el odio crecía, respondiendo a la pasión del oficial. Sin embargo, lo relegó al fondo. Cuando dejara el Ejército podría atreverse a reconocerlo. Por naturaleza era activo y tenía muchos amigos. Pensaba qué tipos tan estupendos eran. Pero, sin saberlo, estaba solo. Ahora esta soledad se intensificaba. Le ayudaría a sobrellevar su tiempo de servicio. Pero el oficial parecía estar volviéndose irritablemente loco, y el joven estaba profundamente asustado.

El soldado tenía una novia, una muchacha de las montañas, independiente y primitiva. Los dos paseaban juntos, más bien en silencio. Iba con ella no para hablar, sino para tenerla rodeada con su brazo, y por el contacto físico. Esto le aliviaba, le hacía más fácil ignorar al capitán; porque podía descansar con ella apretada contra su pecho. Y ella, de algún modo callado, estaba allí para él. Se amaban.

El capitán lo percibió y se volvió loco de irritación. Mantenía al joven ocupado todas las tardes y se complacía en la mirada sombría que aparecía en su rostro. De vez en cuando los ojos de los dos hombres se encontraban: los del más joven hoscos y oscuros, tercamente inalterables; los del mayor burlándose con un desprecio inquieto.

El oficial intentó con todas sus fuerzas no admitir la pasión que se había apoderado de él. No quería saber que lo que sentía por su ordenanza fuera otra cosa que lo que siente un hombre exasperado por su sirviente estúpido y perverso. Así que, manteniéndose perfectamente justificado y convencional en su consciencia, dejó que

la otra cosa siguiera su curso. Sus nervios, sin embargo, sufrían. Al final lanzó el extremo de un cinturón a la cara de su sirviente. Cuando vio al joven retroceder, las lágrimas de dolor en sus ojos y la sangre en su boca, sintió a la vez una punzada de profundo placer y de vergüenza.

Pero esto, se reconoció a sí mismo, era algo que nunca había hecho antes. El tipo era demasiado exasperante. Sus propios nervios debían de estar desmoronándose. Se fue unos días con una mujer.

Fue una parodia de placer. Simplemente no deseaba a la mujer. Pero se quedó su tiempo. Al final, volvió en una agonía de irritación, tormento y miseria. Cabalgó toda la tarde, y luego entró directamente a cenar. Su ordenanza estaba fuera. El oficial se sentó con sus manos largas y finas sobre la mesa, perfectamente inmóvil, y toda su sangre parecía estar corroyéndose.

Por fin su sirviente entró. Observó la figura joven y fuerte, las cejas finas, el pelo negro espeso. En una semana el joven había recuperado su viejo bienestar. Las manos del oficial se crisparon y parecían estar llenas de llama enloquecida. El joven se cuadró, inmóvil, cerrado en sí mismo.

La comida transcurrió en silencio. Pero el ordenanza parecía tener prisa. Hacía ruido con los platos.

—¿Tienes prisa? —preguntó el oficial, observando el rostro atento y cálido de su sirviente. El otro no respondió.

—¿Vas a contestar a mi pregunta? —dijo el capitán.

—Sí, señor —respondió el ordenanza, de pie con su pila de hondos platos del Ejército. El capitán esperó, lo miró, y luego preguntó de nuevo:

—¿Tienes prisa?

—Sí, señor —llegó la respuesta, que envió un destello a través del que escuchaba.

—¿Para qué?

—Iba a salir, señor.

—Te necesito esta tarde.

Hubo un momento de vacilación. El oficial tenía una curiosa rigidez en el semblante.

—Sí, señor —respondió el sirviente, con la voz en la garganta.

—Te necesito también mañana por la tarde; de hecho, puedes considerar que tus tardes están ocupadas, salvo que yo te dé permiso.

La boca con el bigote joven se apretó.

—Sí, señor —respondió el ordenanza, aflojando los labios un instante.

Se volvió de nuevo hacia la puerta.

—¿Y por qué llevas un trozo de lápiz en la oreja?

El ordenanza vaciló y luego siguió su camino sin responder. Dejó los platos apilados fuera de la puerta, sacó el cabo de lápiz de la oreja y se lo metió en el bolsillo. Había estado copiando unos versos para la tarjeta de cumpleaños de su novia. Volvió a terminar de recoger la mesa. Los ojos del oficial danzaban, tenía una pequeña sonrisa ávida.

—¿Por qué llevas un trozo de lápiz en la oreja? —preguntó.

El ordenanza tenía las manos llenas de platos. Su señor estaba de pie junto a la gran estufa verde, con una pequeña sonrisa en el rostro, el mentón echado hacia delante. Cuando el joven soldado lo vio, el corazón le ardió de repente. Se sintió ciego. En vez de responder, se volvió aturdido hacia la puerta. Cuando se estaba agachando para dejar los platos, una patada por detrás lo lanzó hacia delante. Los cacharos rodaron escaleras abajo; él se agarró a la columna de la barandilla. Y cuando se estaba levantando recibió otra fuerte patada, y otra, de modo que se aferró, mareado, al poste durante unos instantes. Su señor se había ido rápidamente a la habitación y había cerrado la puerta. La criada de abajo miró por el

hueco de la escalera e hizo una mueca burlona ante el desastre de la vajilla.

El corazón del oficial latía desbocado. Se sirvió un vaso de vino, parte del cual derramó en el suelo, y engulló el resto apoyado contra la estufa fría y verde. Oyó a su hombre recogiendo los platos de las escaleras. Pálido, como intoxicado, esperó. El sirviente entró de nuevo. El corazón del capitán dio una punzada, como de placer, al ver al joven desconcertado e inseguro sobre sus pies, con dolor.

—iSchöner! —dijo.

El soldado tardó un poco más en cuadrarse.

—iSí, señor!

El joven estaba ante él, con el bigote joven y lastimoso, y las cejas finas muy marcadas en la frente de mármol oscuro.

—Te he hecho una pregunta.

—Sí, señor.

El tono del oficial mordía como el ácido.

—¿Por qué llevabas un lápiz en la oreja?

De nuevo el corazón del sirviente ardió, y no podía respirar. Con ojos oscuros y crispados, miró al oficial, como fascinado. Y permaneció allí plantado con firmeza, inconsciente. La sonrisa marchita apareció en los ojos del capitán, y levantó el pie.

—Lo... lo olvidé, señor —jadeó el soldado, con los ojos oscuros fijos en los ojos azules danzantes del otro.

—¿Qué hacía allí?

Vio el pecho del joven agitarse mientras hacía un esfuerzo por hablar.

—Había estado escribiendo.

—¿Escribiendo qué?

De nuevo el soldado lo miró de arriba abajo. El oficial podía oírle jadear. La sonrisa apareció en los ojos azules. El soldado intentó mover la garganta seca, pero no podía hablar. De repente, la sonrisa se encendió como una llama en el rostro del oficial, y una patada golpeó con fuerza contra el muslo del ordenanza. El joven se movió un paso a un lado. Su rostro se quedó muerto, con dos ojos negros y fijos.

—¿Y bien? —dijo el oficial.

La boca del ordenanza se había secado, y la lengua se le movía como sobre papel de lija. Intentó mover la garganta. El capitán levantó el pie. El sirviente se quedó rígido.

—Unos versos, señor —llegó el sonido quebrado, irreconocible de su voz.

—¿Versos? ¿Qué versos? —preguntó el capitán con una sonrisa enfermiza.

De nuevo la garganta se esforzaba. El corazón del capitán se había hundido pesadamente de repente, y se quedó de pie, enfermo y agotado.

—Para mi chica, señor —oyó el sonido seco e inhumano.

—¡Ah! —dijo, volviéndose—. Recoge la mesa.

—¡Clic! —hizo la garganta del soldado; luego de nuevo, —¡clic!— y después, medio articulado:

—Sí, señor.

El joven soldado se fue, con aspecto envejecido y paso pesado.

El oficial, a solas, se mantuvo rígido para impedir que su mente pensara. Su instinto le advertía de que no debía pensar. En lo más profundo de él estaba la intensa gratificación de su pasión, aún trabajando poderosamente. Luego hubo una contrarreacción, un horrible derrumbamiento de algo dentro de él, toda una agonía de reacción. Se quedó allí durante una hora, inmóvil, un caos de sensaciones, pero rígido con la voluntad de mantener en blanco su

consciencia, de impedir que su mente aprehendiera. Y se mantuvo así hasta que lo peor de la tensión hubo pasado, cuando empezó a beber, bebió hasta la intoxicación, hasta que durmió obliterado. Cuando despertó por la mañana estaba sacudido hasta la base de su naturaleza. Pero había rechazado la comprensión de lo que había hecho. Había impedido que su mente lo asimilara, lo había reprimido junto con sus instintos, y el hombre consciente no tenía nada que ver con ello. Se sentía solo como después de una borrachera, débil, pero el asunto en sí todo borroso e irrecuperable. De la embriaguez de su pasión rehusó con éxito todo recuerdo. Y cuando su ordenanza apareció con el café, el oficial asumió el mismo yo que había tenido la mañana anterior. Rehusó el suceso de la noche pasada —negó que hubiera ocurrido jamás— y tuvo éxito en su negación. Él no había hecho tal cosa, no él mismo. Lo que pudiera haber fuera estaba a la puerta de un sirviente estúpido e insubordinado.

El ordenanza había deambulado en un estupor toda la noche. Bebió algo de cerveza porque estaba reseco, pero no mucha; el alcohol hacía que sus sentimientos volvieran, y no podía soportarlo. Estaba embotado, como si nueve décimas partes del hombre corriente que había en él estuvieran inertes. Se arrastraba desfigurado. Aun así, cuando pensaba en las patadas se ponía enfermo, y cuando pensaba en la amenaza de más patadas, en la habitación después, el corazón le ardía y se debilitaba, y jadeaba, recordando la que había recibido. Le habían obligado a decir: «Para mi chica». Estaba demasiado destrozado como para querer llorar siquiera. La boca le colgaba ligeramente abierta, como la de un idiota. Se sentía vacío y gastado. Así vagó en su trabajo, con dolor, muy lenta y torpemente, manoseando los cepillos a ciegas, y le resultaba difícil, cuando se sentaba, reunir la energía para moverse de nuevo. Sus miembros, su mandíbula, estaban flojos y sin nervio. Pero estaba muy cansado. Al fin llegó a la cama y durmió inerte, relajado, en un sueño que era más estupor que descanso, una noche muerta de estupefacción atravesada por destellos de angustia.

Por la mañana estaban las maniobras. Pero despertó incluso antes de que sonara la corneta. El doloroso latido en el pecho, la sequedad de la garganta, la terrible y constante sensación de miseria hicieron que abriera los ojos despierto y sombrío a la vez. Sabía, sin pensar, lo que había ocurrido. Y sabía que había llegado de nuevo el día en que debía continuar con su rutina. El último resto de oscuridad estaba siendo expulsado de la habitación. Tendría que mover su cuerpo inerte y seguir. Era tan joven y había conocido tan poca tribulación que estaba desconcertado. Solo deseaba que siguiera siendo de noche, para poder quedarse quieto, cubierto por la oscuridad. Y sin embargo, nada impediría que llegara el día, nada le salvaría de tener que levantarse y ensillar el caballo del capitán y prepararle el café. Allí estaba, inevitable. Y entonces pensó que era imposible. Pero no le dejarían libre. Tenía que ir a llevarle el café al capitán. Estaba demasiado aturdido para entenderlo. Solo sabía que era inevitable, inevitable por mucho que yaciera inerte.

Al fin, después de un esfuerzo enorme, pues parecía ser una masa de inercia, se levantó. Pero tenía que forzar cada uno de sus movimientos desde atrás, con la voluntad. Se sentía perdido, aturdido e indefenso. Entonces se agarró a la cama; el dolor era tan agudo. Y mirándose los muslos, vio los moratones oscuros en su carne morena, y supo que si se presionaba con un dedo en uno de los cardenales, se desmayaría. Pero no quería desmayarse; no quería que nadie lo supiera. Nadie debía saberlo jamás. Era entre él y el capitán. Solo había dos personas en el mundo ahora: él mismo y el capitán.

Despacio, con economía de movimientos, se vistió y se forzó a caminar. Todo estaba oscuro, excepto justo lo que tenía entre las manos. Pero se las arregló para pasar por su trabajo. El propio dolor le reavivaba los sentidos embotados. Lo peor aún estaba por llegar. Cogió la bandeja y subió a la habitación del capitán. El oficial, pálido y pesado, estaba sentado a la mesa. El ordenanza, al saludar, sintió que se borraba de la existencia. Se quedó quieto un instante, sometiéndose a su propia anulación; luego se recobró, pareció recuperarse, y entonces el capitán empezó a volverse vago, irreal, y

el corazón del joven soldado se aceleró. Se aferró a esta situación: que el capitán no existía, para poder vivir él. Pero cuando vio la mano del oficial temblar al coger el café, sintió que todo se derrumbaba hecho añicos. Y se fue, sintiendo como si él mismo se estuviera desintegrando. Y cuando el capitán estaba allí a caballo dando órdenes, mientras él mismo permanecía de pie, con el fusil y la mochila, enfermo de dolor, sentía que debía cerrar los ojos, que debía cerrar los ojos a todo. Era solo la larga agonía de marchar con la garganta reseca lo que le llenaba de una única intención, pesada de sueño: salvarse.

II

Se estaba acostumbrando incluso a su garganta reseca. Que los picos nevados fueran radiantes entre el cielo, que el río glacial de un blanco verdoso se retorciera por sus bajíos pálidos en el valle de abajo, parecía casi sobrenatural. Pero se estaba volviendo loco de fiebre y sed. Avanzaba penosamente sin quejarse. No quería hablar, con nadie. Había dos gaviotas, como copos de agua y nieve, sobre el río. El olor del centeno verde empapado de sol le llegaba como una enfermedad. Y la marcha continuaba, monótona, casi como un mal sueño.

En la siguiente granja, que se alzaba baja y ancha junto al camino real, habían sacado cubas de agua. Los soldados se arremolinaron para beber. Se quitaron los cascos, y el vapor subía de su pelo mojado. El capitán estaba sentado a caballo, observando. Necesitaba ver a su ordenanza. El casco le proyectaba una sombra oscura sobre los ojos claros y feroces, pero el bigote, la boca y el mentón se distinguían nítidamente al sol. El ordenanza debía moverse bajo la presencia de la figura del jinete. No era que tuviera miedo, ni estuviera acobardado. Era como si le hubieran eviscerado, vaciado, como una cáscara vacía. Se sentía a sí mismo como nada, una sombra arrastrándose bajo el sol. Y, sediento como estaba, apenas podía beber, sintiendo al capitán cerca. No se quitó el casco para secarse el pelo mojado. Quería quedarse en la sombra, no ser forzado a la consciencia. Con un sobresalto, vio el tacón claro del oficial picar el vientre del caballo; el capitán se alejó al galope corto, y él mismo pudo recaer en el vacío.

Nada, sin embargo, podía devolverle su lugar vivo en la mañana calurosa y brillante. Se sentía como un hueco entre todo. Mientras que el capitán estaba más orgulloso, dominante. Una oleada ardiente recorrió el cuerpo del joven sirviente. El capitán estaba más firme y orgulloso con la vida; él mismo estaba vacío como una sombra. De nuevo la oleada lo atravesó, aturdimiento. Pero su corazón latió un poco más firme.

La compañía giró colina arriba para hacer un bucle de regreso. Abajo, entre los árboles, la campana de la granja repicó. Vio a los labradores, segando descalzos la hierba espesa, dejar su trabajo y bajar por la colina, con las guadañas colgando sobre los hombros como largas garras brillantes curvándose detrás de ellos. Parecían personas de un sueño, como si no tuvieran relación con él. Se sentía en un sueño negruzco: como si todas las demás cosas estuvieran allí y tuvieran forma, pero él mismo fuera solo una consciencia, un hueco que podía pensar y percibir.

Los soldados subían penosamente la ladera deslumbrante en silencio. Gradualmente su cabeza empezó a girar, lenta, rítmicamente. A veces se le oscurecía ante los ojos, como si viera este mundo a través de un cristal ahumado, sombras frágiles e irreales. Le dolía la cabeza al caminar.

El aire estaba demasiado perfumado, no daba aliento. Toda la exuberante vegetación verde parecía soltar su savia hasta que el aire era mortífero, enfermizamente cargado del olor de lo verde. Estaba el perfume del trébol, como miel pura y abejas. Luego llegó un débil regusto acre —estaban cerca de las hayas—; y después un ruido extraño y entrecortado, y un olor sofocante y repugnante: estaban pasando junto a un rebaño de ovejas, un pastor con blusón negro sujetando su cayado. ¿Por qué se apiñaban las ovejas bajo este sol feroz? Sentía que el pastor no lo vería, aunque él podía ver al pastor.

Por fin llegó el alto. Apilaron los fusiles en un cono, dejaron el equipo en un círculo disperso alrededor y se dispersaron un poco, sentándose en un pequeño montículo en lo alto de la ladera. Empezó la charla. Los soldados estaban humeando de calor, pero

animados. Él se quedó sentado e inmóvil, viendo las montañas azules alzarse sobre la tierra, a veinte kilómetros de distancia. Había un pliegue azul en las cordilleras, y luego fuera de él, al pie, el amplio lecho pálido del río, franjas de agua blanca verdosa entre bajíos rosados y grises entre los oscuros pinares. Allí estaba, desplegado a lo lejos. Y parecía bajar cuesta abajo, el río. Había una balsa navegando, a un kilómetro y medio. Era un país extraño. Más cerca, una granja de techo rojo, ancha, con base blanca y puntos cuadrados de ventanas, se acurrucaba junto al muro de follaje de hayas al borde del bosque. Había largas franjas de centeno y trébol y maíz de un verde pálido. Y justo a sus pies, bajo el montículo, había un terreno pantanoso oscuro donde las flores globo se mantenían inmóviles en sus tallos delgados. Y algunas de las burbujas dorado pálido estaban reventadas, y un fragmento roto colgaba en el aire. Pensó que iba a dormirse.

De repente algo se movió en aquel espejismo coloreado ante sus ojos. El capitán, una figura pequeña, azul claro y escarlata, trotaba con paso uniforme entre las franjas de maíz, a lo largo de la cresta llana de la colina. Y el hombre haciendo señales con bandera se acercaba. Orgullosa y segura avanzaba la figura del jinete, aquella cosa rápida y brillante en la que se concentraba toda la luz de esa mañana, que para el resto yacía en una sombra frágil y brillante. Sumiso, apático, el joven soldado se quedó sentado mirando. Pero cuando el caballo redujo al paso, subiendo por el último tramo empinado, la gran oleada ardió sobre el cuerpo y el alma del ordenanza. Se quedó sentado esperando. La parte posterior de su cabeza se sentía como si estuviera lastrada con un pesado trozo de fuego. No quería comer. Las manos le temblaban ligeramente al moverlas. Mientras tanto, el oficial a caballo se acercaba lenta y orgullosamente. La tensión creció en el alma del ordenanza. Entonces de nuevo, al ver al capitán acomodarse en la silla, la oleada ardió a través de él.

El capitán contempló la mancha de azul claro y escarlata, y las cabezas oscuras, dispersas apretadamente en la ladera. Le agradaba. El mando le complacía. Y se sentía orgulloso. Su

ordenanza estaba entre ellos en común sumisión. El oficial se irguió un poco sobre los estribos para mirar. El joven soldado estaba sentado con el rostro apartado, mudo. El capitán se relajó en su asiento. Su caballo de patas finas y hermosas, castaño como una castaña de haya, caminaba orgulloso cuesta arriba. El capitán pasó a la zona de la atmósfera de la compañía: un olor caliente a hombres, a sudor, a cuero. Lo conocía muy bien. Después de hablar con el teniente, subió unos pasos más y se sentó allí, una figura dominante, su caballo marcado por el sudor agitando la cola, mientras él miraba abajo a sus hombres, a su ordenanza, una nulidad entre la multitud.

El corazón del joven soldado era como fuego en su pecho, y respiraba con dificultad. El oficial, mirando colina abajo, vio a tres de los jóvenes soldados, con dos cubos de agua entre ellos, tambaleándose a través de un campo verde y soleado. Habían montado una mesa bajo un árbol, y allí el delgado teniente estaba, ocupado con aire de importancia. Entonces el capitán se reunió valor para un acto de coraje. Llamó a su ordenanza.

El nombre saltó en la garganta del joven soldado al oír la orden, y se levantó ciegamente sofocado. Saludó, de pie ante el oficial. No alzó la vista. Pero había un temblor en la voz del capitán.

—Ve a la posada y tráeme... —el oficial dio sus órdenes—. ¡Rápido! —añadió.

Con la última palabra, el corazón del sirviente saltó como un relámpago, y sintió la fuerza venir sobre su cuerpo. Pero se volvió con obediencia mecánica y se puso a correr pesadamente cuesta abajo, pareciendo casi un oso, con los pantalones abultando sobre las botas militares. Y el oficial observó aquella carrera ciega y precipitada todo el camino.

Pero era solo la apariencia del cuerpo del ordenanza lo que obedecía tan humilde y mecánicamente. En el interior se había acumulado gradualmente un núcleo en el que toda la energía de aquella vida joven estaba compacta y concentrada. Cumplió su

encargo y volvió a subir la colina con paso firme. Tenía un dolor en la cabeza, al caminar, que le hacía torcer las facciones sin darse cuenta. Pero allí, firme, en el centro de su pecho, estaba él mismo, él mismo, firme, imposible de desgarrar.

El capitán se había internado en el bosque. El ordenanza atravesó penosamente la zona caliente y de olor potente de la atmósfera de la compañía. Tenía una curiosa masa de energía dentro de sí ahora. El capitán era menos real que él mismo. Se acercó a la entrada verde del bosque. Allí, en la media sombra, vio el caballo de pie, la luz del sol y la sombra parpadeante de las hojas danzando sobre su cuerpo castaño. Había un claro donde habían talado árboles recientemente. Allí, en la sombra dorada y verde junto a la brillante copa de sol, estaban dos figuras, azul y rosa, los retazos de rosa destacando claramente. El capitán estaba hablando con su teniente.

El ordenanza se quedó al borde del claro luminoso, donde grandes troncos de árboles, pelados y relucientes, yacían estirados como cuerpos desnudos de piel morena. Las astillas de madera cubrían el suelo pisoteado como salpicaduras de luz, y las bases de los árboles talados se alzaban aquí y allá con sus cimas descarnadas y niveladas. Más allá estaba el verde brillante y soleado de un haya.

—Entonces yo cabalagaré al frente —oyó el ordenanza decir a su capitán. El teniente saludó y se alejó a grandes pasos. Él mismo avanzó. Una oleada ardiente le atravesó el vientre mientras avanzaba hacia su oficial.

El capitán observó la figura más bien pesada del joven soldado avanzar a trompicones, y sus venas también ardieron. Esto iba a ser de hombre a hombre entre ellos. Cedió ante la figura sólida que avanzaba a tropezones con la cabeza baja. El ordenanza se detuvo y puso la comida sobre la base nivelada de un tronco. El capitán observó las manos desnudas, relucientes, inflamadas por el sol. Quería hablar al joven soldado, pero no podía. El sirviente apoyó una botella contra su muslo, presionó el corcho y vertió la cerveza en el jarro. Mantuvo la cabeza baja. El capitán aceptó el jarro.

—¡Hace calor! —dijo, como con amabilidad.

La llama brotó del corazón del ordenanza, casi sofocándole.

—Sí, señor —respondió entre dientes apretados.

Y oyó el sonido del capitán bebiendo, y apretó los puños, tan fuerte era el tormento que le llegaba a las muñecas. Luego vino el débil tintineo de la tapa del jarro al cerrarse. Alzó la vista. El capitán le estaba observando. Apartó la mirada rápidamente. Luego vio al oficial agacharse y coger un trozo de pan de la base del tronco. De nuevo la oleada de fuego atravesó al joven soldado al ver el cuerpo rígido agacharse bajo él, y sus manos se sacudieron. Apartó la mirada. Sentía que el oficial estaba nervioso. El pan cayó mientras lo partía. El oficial se comió el otro trozo. Los dos hombres permanecieron tensos e inmóviles, el señor masticando laboriosamente su pan, el sirviente mirando con el rostro apartado, los puños apretados.

Entonces el joven soldado se sobresaltó. El oficial había abierto de nuevo la tapa del jarro. El ordenanza observó la tapa del jarro, y la mano blanca que agarraba el asa, como si estuviera fascinado. Se alzó. El joven la siguió con los ojos. Y entonces vio la garganta delgada y fuerte del hombre mayor moverse arriba y abajo mientras bebía, la mandíbula fuerte trabajando. Y el instinto que había estado tirando de las muñecas del joven se liberó de repente. Saltó, sintiendo como si se desgarrara en dos por una llama poderosa.

La espuela del oficial se enganchó en una raíz, cayó hacia atrás con un estrépito, la mitad de la espalda golpeando con un ruido nauseabundo contra la arista de la base de un tronco, y el jarro voló por los aires. Y en un segundo el ordenanza, con rostro joven serio y solemne, y el labio inferior entre los dientes, había puesto la rodilla en el pecho del oficial y presionaba el mentón hacia atrás sobre el borde más lejano del tocón, presionando con todo su corazón detrás, en una pasión de alivio, la tensión de sus muñecas exquisita de alivio. Y con la base de las palmas empujó el mentón con todas sus fuerzas. Y era agradable también tener aquel mentón, aquella

mandíbula dura ya ligeramente áspera de barba, entre sus manos. No aflojó ni un ápice, sino que, con toda la fuerza de toda su sangre exultando en su empuje, empujó hacia atrás la cabeza del otro hombre, hasta que hubo un pequeño chasquido y una sensación de crujido. Entonces sintió como si su cabeza se evaporara. Convulsiones violentas sacudieron el cuerpo del oficial, asustando y horrorizando al joven soldado. Pero también le complacía reprimirlas. Le complacía mantener sus manos presionando el mentón hacia atrás, sentir el pecho del otro hombre ceder en la espiración al peso de sus fuertes rodillas jóvenes, sentir las duras sacudidas del cuerpo postrado estremeciendo su propio cuerpo entero, que estaba presionado sobre él.

Pero se quedó quieto. Pudo mirar dentro de las fosas nasales del otro hombre, los ojos apenas los veía. Qué curiosamente la boca estaba empujada hacia fuera, exagerando los labios llenos, y el bigote erizándose por encima. Entonces, con un sobresalto, notó que las fosas nasales se llenaban gradualmente de sangre. El rojo rebosó, vaciló, se derramó y fue en un hilo fino por el rostro hasta los ojos.

Le conmovió y angustió. Lentamente se incorporó. El cuerpo se crispó y se desparramó allí, inerte. Se quedó de pie mirándolo en silencio. Era una lástima que estuviera roto. Representaba más que aquello que le había pateado y acosado. Tenía miedo de mirar los ojos. Eran horribles ahora, solo se veía el blanco, y la sangre corría hacia ellos. El rostro del ordenanza estaba contraído de horror ante la visión. Pues bien, así era. En su corazón estaba satisfecho. Había odiado el rostro del capitán. Ahora estaba extinguido. Había un pesado alivio en el alma del ordenanza. Así debía ser. Pero no podía soportar ver el largo cuerpo militar roto sobre la base del tronco, los dedos finos crispados. Quería ocultarlo.

Rápidamente, con diligencia, lo recogió y lo empujó bajo los troncos talados, que apoyaban su longitud hermosa y lisa sobre troncos en cada extremo. El rostro era horrible con la sangre. Lo cubrió con el casco. Luego colocó los miembros rectos y decentes, y

cepilló las hojas secas de la fina tela del uniforme. Así, quedó completamente inmóvil en la sombra de debajo. Una pequeña franja de sol corría a lo largo del pecho, desde una rendija entre los troncos. El ordenanza se sentó junto a él durante unos instantes. Aquí también terminaba su propia vida.

Entonces, a través de su aturdimiento, oyó al teniente explicando a los hombres fuera del bosque, en voz alta, que debían suponer que el puente sobre el río de abajo estaba en poder del enemigo. Ahora debían marchar al ataque de tal y tal manera. El teniente no tenía don de expresión. El ordenanza, escuchando por costumbre, se confundió. Y cuando el teniente empezó otra vez desde el principio, dejó de oír. Sabía que debía irse. Se puso de pie. Le sorprendió que las hojas brillaran al sol y que las astillas de madera reflejaran blancas desde el suelo. Para él había sobrevenido un cambio en el mundo. Pero para el resto no: todo parecía igual. Solo que él lo había abandonado. Y no podía volver. Su deber era regresar con el jarro de cerveza y la botella. No podía. Había dejado todo aquello. El teniente seguía explicando con voz ronca. Debía irse, o lo alcanzarían. Y no podía soportar el contacto con nadie ahora.

Se pasó los dedos por los ojos, intentando averiguar dónde estaba. Luego se volvió. Vio el caballo de pie en el sendero. Se acercó y montó. Le dolía sentarse en la silla. El dolor de mantenerse en su asiento lo ocupó mientras galopaban por el bosque. Nada le habría importado, pero no podía librarse de la sensación de estar separado de los demás. El sendero salía de los árboles. Al borde del bosque se detuvo y se quedó mirando. Allí, en el amplio sol del valle, los soldados se movían en un pequeño enjambre. De cuando en cuando, un hombre que araba una franja de barbecho gritaba a sus bueyes al girar. El pueblo y la iglesia de torre blanca eran pequeños al sol. Y él ya no pertenecía a aquello: estaba sentado allí, más allá, como un hombre fuera, en la oscuridad. Había salido de la vida cotidiana hacia lo desconocido, y no podía, ni siquiera quería, volver.

Apartándose del valle abrasado por el sol, cabalgó hacia las profundidades del bosque. Los troncos, como personas de pie, grises

y quietas, no lo notaron al pasar. Una cierva, ella misma un fragmento móvil de sol y sombra, corrió entre la sombra moteada. Había brillantes desgarros verdes en el follaje. Luego todo era pinar, oscuro y fresco. Y estaba enfermo de dolor, tenía un pulso intolerablemente grande en la cabeza, y estaba enfermo. Nunca había estado enfermo en su vida, se sentía perdido, completamente aturdido con todo aquello.

Al intentar bajar del caballo, se cayó, asombrado por el dolor y su falta de equilibrio. El caballo se movió inquieto. Tiró de las riendas y lo mandó alejándose a galope irregular. Era su última conexión con el resto de las cosas.

Pero solo quería tumbarse y que no le molestaran. Tropezando entre los árboles, llegó a un lugar tranquilo donde hayas y pinos crecían en una ladera. Apenas se hubo tumbado y cerrado los ojos, su consciencia siguió funcionando sin él. Un gran pulso de enfermedad latía en él como si palpitara a través de toda la tierra. Ardía de calor seco. Pero estaba demasiado ocupado, demasiado desgarradoramente activo en la carrera incoherente del delirio para observarlo.

III

Volvió en sí con un sobresalto. Tenía la boca seca y dura, el corazón le latía pesadamente, pero no tenía energía para levantarse. El corazón le latía pesadamente. ¿Dónde estaba? ¿En el cuartel? ¿En casa? Algo golpeaba. Y, haciendo un esfuerzo, miró alrededor: árboles, y desorden de verdor, y trozos rojizos, nocturnos e inmóviles de sol en el suelo. No creía ser él mismo, no creía lo que veía. Algo golpeaba. Hizo un esfuerzo hacia la consciencia, pero recayó. Luego luchó de nuevo. Y gradualmente su entorno fue entrando en relación consigo mismo. Lo supo, y una gran punzada de miedo le atravesó el corazón. Alguien estaba golpeando. Podía ver las ramas pesadas y negras de un abeto sobre él. Luego todo se volvió negro. Sin embargo, no creía haber cerrado los ojos. No los había cerrado. De la negrura emergió lentamente de nuevo la visión. Y alguien estaba golpeando. Rápidamente vio el rostro desfigurado por la sangre de su capitán, al que odiaba. Y se quedó quieto con horror. Sin embargo, en lo más profundo de él, sabía que así debía ser, que el capitán debía estar muerto. Pero el delirio físico se apoderó de él. Alguien estaba golpeando. Yació perfectamente inmóvil, como muerto, de miedo. Y perdió el conocimiento.

Cuando abrió los ojos de nuevo, se sobresaltó al ver algo trepando velozmente por un tronco. Era un pajarillo. Y el pájaro silbaba arriba. Tap-tap-tap: era el pequeño pájaro rápido golpeando el tronco con su pico, como si su cabeza fuera un pequeño martillo redondo. Lo observó con curiosidad. Se movía con brusquedad, a su modo reptante. Luego, como un ratón, se deslizó por el tronco desnudo.

Su veloz reptar le envió un escalofrío de repulsión. Alzó la cabeza. Pesaba enormemente. Entonces el pajarillo salió de la sombra corriendo por una franja inmóvil de sol, su cabecita moviéndose rápidamente, sus patitas blancas centelleando brillantes un instante. Qué limpio era en su constitución, tan compacto, con trocitos blancos en las alas. Había varios. Eran tan bonitos, pero reptaban como ratones veloces y erráticos, corriendo de aquí para allá entre las hayucos.

Se tumbó de nuevo exhausto, y su consciencia se desvaneció. Sentía horror por los pajarillos reptantes. Toda su sangre parecía estar precipitándose y reptando en su cabeza. Y sin embargo no podía moverse.

Volvió en sí con un nuevo dolor de agotamiento. Estaba el dolor en la cabeza, y la horrible náusea, y su incapacidad de moverse. Nunca había estado enfermo en su vida. No sabía dónde estaba ni qué era. Probablemente había sufrido una insolación. ¿O qué más? Había silenciado al capitán para siempre, hacía algún tiempo, oh, mucho tiempo. Había habido sangre en su rostro, y los ojos se le habían vuelto hacia arriba. Estaba bien, de algún modo. Era paz. Pero ahora se había ido más allá de sí mismo. Nunca había estado aquí antes. ¿Era esto vida, o no era vida? Estaba solo. Ellos estaban en un lugar grande y luminoso, los otros, y él estaba fuera. La ciudad, todo el campo, un gran lugar luminoso de luz: y él estaba fuera, aquí, en la inmensidad oscura de más allá, donde cada cosa existía sola. Pero todos tendrían que salir allí alguna vez, los otros. Pequeños, y dejados atrás, así estaban todos. Había habido padre, madre y novia. ¿Qué importaban? Esto era la tierra abierta.

Se sentó. Algo se movió rápido. Era una pequeña ardilla marrón corriendo en hermosos saltos ondulantes sobre el suelo, su cola roja completando la ondulación de su cuerpo, y luego, al sentarse, enrollándose y desenrollándose. La observó, complacido. Corría juguetona. Se lanzó salvajemente contra otra ardilla, y las dos se perseguían, haciendo ruiditos de regañina y parloteo. El soldado quiso hablarles. Pero de su garganta solo salió un sonido ronco. Las

ardillas huyeron disparadas: volaron a los árboles. Y entonces vio a una espiando desde detrás, a mitad de camino del tronco. Un sobresalto de miedo le recorrió, aunque, en la medida en que era consciente, se divertía. Allí seguía, su carita aguda mirándole fijamente desde la mitad del tronco, sus orejitas erguidas, sus manitas con garras aferradas a la corteza, su pechito blanco erguido. Se apartó de ella con pánico.

Luchando por ponerse de pie, se tambaleó alejándose. Siguió caminando, caminando, buscando algo que beber. Su cerebro se sentía ardiente e inflamado por falta de agua. Tropezaba al avanzar. Luego no supo nada. Perdió el conocimiento mientras caminaba. Sin embargo, seguía avanzando a tropezones, con la boca abierta.

Cuando, con mudo asombro, abrió los ojos al mundo de nuevo, ya no intentó recordar qué era. Había una luz espesa y dorada detrás de destellos dorados y verdes, y altos fustes gris púrpura, y oscuridades más lejos, rodeándole, haciéndose más profundas. Era consciente de una sensación de llegada. Estaba en medio de la realidad, en el fondo real y oscuro. Pero estaba la sed ardiendo en su cerebro. Se sentía más ligero, no tan pesado. Supuso que era la novedad.

El aire murmuraba con truenos. Pensó que caminaba maravillosamente rápido y que se dirigía directamente al alivio, ¿o era al agua?

De repente se detuvo de golpe, con miedo. Había un tremendo resplandor de oro, inmenso: solo unos pocos troncos oscuros como barras entre él y aquello. Todo el trigo joven y nivelado era oro bruñido refulgiendo sobre su verde sedoso. Una mujer, de falda amplia, con un paño negro en la cabeza a modo de tocado, pasaba como un bloque de sombra a través del maíz verde y reluciente, hacia el resplandor pleno. Había una granja también, azul pálido en la sombra, y la madera negra. Y había un campanario, casi fundido en el oro. La mujer se alejaba. Él no tenía lenguaje con el que hablarle. Ella era la realidad brillante y sólida e irreal. Haría un ruido

de palabras que lo confundirían, y sus ojos lo mirarían sin verlo. Ella estaba cruzando hacia el otro lado. Él se apoyó contra un árbol.

Cuando por fin se volvió, mirando por el largo arboledo desnudo cuyo lecho plano ya se llenaba de oscuridad, vio las montañas en una luz prodigiosa, no lejos, radiantes. Tras la suave cresta gris de la cordillera más cercana, las montañas lejanas se alzaban doradas y gris pálido, la nieve toda radiante como oro puro y suave. Tan quietas, resplandecientes en el cielo, forjadas puras del mineral del cielo, brillaban en su silencio. Se quedó de pie mirándolas, el rostro iluminado. Y como el brillo dorado y lustroso de la nieve, sentía su propia sed arder luminosa en él. Se quedó de pie mirando, apoyado contra un árbol. Y entonces todo se deslizó al espacio.

Durante la noche los relámpagos parpadearon perpetuamente, volviendo todo el cielo blanco. Debió de haber caminado de nuevo. El mundo pendía lívido a su alrededor por momentos: campos como una sábana nivelada de luz gris verdosa, árboles en masa oscura, y la cordillera de nubes negra contra un cielo blanco. Luego la oscuridad caía como una persiana, y la noche era completa. Un débil murmullo de un mundo medio revelado, que no podía del todo saltar de la oscuridad. Luego de nuevo se alzaba una extensión de palidez sobre la tierra, formas oscuras asomando, una cordillera de nubes colgando encima. El mundo era una sombra fantasmal, proyectada por un instante sobre la pura oscuridad, que volvía siempre entera y completa.

Y el mero delirio de enfermedad y fiebre seguía dentro de él: su cerebro abriéndose y cerrándose como la noche; luego a veces convulsiones de terror por algo con grandes ojos que miraba desde detrás de un árbol; luego la larga agonía de la marcha, y el sol descomponiendo su sangre; luego la punzada de odio hacia el capitán, seguida de una punzada de ternura y alivio. Pero todo estaba distorsionado, nacido de un dolor y resolviéndose en dolor.

Por la mañana despertó definitivamente. Entonces su cerebro ardió con el único horror de la sed. El sol estaba en su cara, el rocío se evaporaba de su ropa mojada. Como un poseso, se levantó. Allí,

justo delante de él, azules y frescas y tiernas, las montañas se extendían al otro lado del borde pálido del cielo matinal. Las deseaba, las deseaba a ellas solas, quería abandonarse e identificarse con ellas. No se movían, eran quietas y suaves, con suaves marcas blancas de nieve. Se quedó de pie, enloquecido de sufrimiento, las manos crispándose y aferrándose. Luego se retorció en un paroxismo sobre la hierba.

Yació inmóvil, en una especie de sueño de agonía. Su sed parecía haberse separado de él y estar aparte, una demanda única. Luego el dolor que sentía era otro yo separado. Luego estaba el lastre de su cuerpo, otra cosa separada. Estaba dividido entre toda clase de seres separados. Había alguna conexión extraña y agonizante entre ellos, pero se estaban separando más y más. Luego se partirían todos. El sol, taladrándole, estaba perforando el vínculo. Entonces caerían todos, caerían por el vacío eterno del espacio. Luego de nuevo su consciencia se reafirmó. Se apoyó sobre el codo y miró fijamente las montañas relucientes. Allí estaban, todas quietas y maravillosas entre la tierra y el cielo. Miró hasta que se le ennegrecieron los ojos, y las montañas, tal como se alzaban en su belleza, tan limpias y frescas, parecían tener aquello que se había perdido en él.

IV

Cuando los soldados lo encontraron, tres horas más tarde, yacía con la cara sobre el brazo, el pelo negro desprendiendo calor bajo el sol. Pero aún estaba vivo. Al ver la boca negra y abierta, los jóvenes soldados lo dejaron caer con horror.

Murió en el hospital, de noche, sin haber vuelto a ver.

Los médicos vieron los moratones en sus piernas, por detrás, y guardaron silencio.

Los cuerpos de los dos hombres yacieron juntos, lado a lado, en el depósito de cadáveres, el uno blanco y esbelto, pero rígidamente en reposo, el otro con el aspecto de que en cualquier momento debía despertar a la vida de nuevo, tan joven e intacto, de un sueño.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB